

Ante este espectáculo quiso huir más lejos; subió arriba y volvió á ver la ciudad que resplandecía más aún, cuando se volvió de nuevo. Subió más arriba, subió sin cesar. Pero á medida que subía y se volvía, la ciudad parecía agrandarse tomando toda la llanura, confundiendo con el mismo cielo. Cada vez oía más distintamente las risas y los cánticos. La gran familia humana celebraba la alegría del trabajo, en la tierra fecunda. Y por última vez, se puso en marcha y anduvo mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que se perdió en las tinieblas.

V

Y pasaron más años todavía; y la muerte necesaria, la buena obrera de la eterna vida, hizo su trabajo, se llevó uno á uno á los hombres que habían cumplido su tarea. Partió Bourrón primero, después su mujer Babette, de buen humor hasta el último aliento. Detrás Petit-Da, Azulina, de ojos azules de infinito, de eterno cielo azul. Murió Lange concluyendo con el dedo pulgar el último monigote, una joven graciosa de pies desnudos, á semejanza de la Descalza. Nanet y Nisa murieron jóvenes, dándose un beso. En fin, sucumbió Bonnaire, á lo héroe, en pie, como enterrado en el tragín del trabajo, un día que había ido á los talleres á ver funcionar un martillo gigante, cada golpe del cual forjaba una pieza.

Y de toda su generación, de todos los fundadores y creadores en el Beauclair triunfal, sólo quedaban Lucas y Jordán, amados, rodeados del cuidado afectuoso de Josina, de Scourette y de Susana, las tres de una salud y un ánimo milagroso, para su mucha edad; parecía que vivían sólo para ayudarles á ellos, sostenerles hora por hora. Susana, desde que Lucas andaba difícilmente inutilizadas las piernas poco á poco, casi clavado en una butaca, vivía con él, partiendo con Josina la dulce gloria de servirle. Lucas tenía

ochenta años cumplidos, una alegría inalterable, inteligente, siempre firme; si no fuera por las malditas piernas que iban siendo de plomo, parecía un joven, como él decía en broma. Tampoco Scourette dejaba á su hermano Jordán, siempre clavado en su laboratorio donde ahora dormía, de donde no salía ya. Llevaba á Lucas diez años; sus noventa habían conservado la actividad lenta y metódica á que debía su obra inmensa; sin cesar se veía á punto de morir y no moría, y era de tal lógica, de tal voluntad razonada en el trabajo, que trabajaba todavía, cuando hacía ya mucho tiempo los obreros de su generación dormían bajo tierra.

Con frecuencia había repetido su débil vocecilla:

— Los que mueren es porque quieren; no se muere uno mientras tiene algo que hacer. Yo siempre estoy muy mal, pero así y todo, llegaré á ser muy viejo y no moriré hasta el día que mi obra esté concluida... ¡Ya veréis, ya veréis! Veré venir la hora y os lo advertiré, queridos míos, diciendo: Buenas noches, acabé mi jornada, voy á morir.

Trabajaba pues, Jordán, siempre, porque según él no había acabado su obra. Vivía envuelto en mantas, todo lo bebía templado para no constiparse; descansaba mucho, medio acostado en un canapé, entre las escasas horas que podía dedicarse á sus investigaciones. Pero dos ó tres horas conquistadas así, le bastaban para una gran tarea, gracias al método. Scourette, muy cuidadosa, intervenía con abnegación absoluta, como un otro yo; á la vez enfermera, secretaria, ayudante de laboratorio, sin permitir á nadie acercarse á su hermano. Los días que él tenía las manos demasiado débiles, impotentes para la acción, ella ejecutaba su pensamiento, y acababa por ser la prolongación de su vida.

En la idea de Jordán, su obra sólo estaría terminada el día en que pudiera dar á la ciudad nueva la electricidad bienhechora, sin medirla, á discreción, como el agua del río, como el aire libre. En sesenta años había hecho mucho para llegar á esta solución. Primero había suprimido los gastos de acarreo, por

medio de cables. Después había inventado el aparato que transformaba la energía calorífica del carbón, en energía eléctrica, y una vez cargados los dinamos directamente, había hecho funcionar sus hornos eléctricos, transformando la metalurgia y dando á la ciudad en abundancia electricidad para todos los usos sociales y domésticos. Pero aún costaba cara y la quería de balde. Temía después, como posible, como cierto, que se agotaran las minas de carbón. Acaso antes de un siglo el carbón faltaría, y esto sería la muerte del mundo actual, de nuestra industria, de nuestros medios de locomoción; sería la humanidad, como un gran cuerpo cuya sangre ya no circulara. Vea inquieto cada tonelada que ardía. Y débil, febril, tosiendo, con un pie en la sepultura, le torturaba la catástrofe que amenazaba á las generaciones futuras. Se juraba no morir sin regalarles las oleada de fuerza, la vida prodigada sin fin, que sería su civilización y su felicidad. Y se había puesto otra vez al trabajo, diez años hacía.

Naturalmente, pensó primero en los saltos de agua. Era la fuerza necesaria primitiva, se empleaba con buen éxito en los países montañosos. Por desgracia, los escasos arroyos de los Montes Bleuses no tenían la energía necesaria. Además no era aquella una fuerza regular, constante, ni de la abundancia que él necesitaba. También se acordó de las mareas y de que otros sabios se habían ocupado en esto. Aprovechó sus estudios y hasta imaginó aparatos. Lo lejos que estaba Beauclair del mar, no era hoy un obstáculo, pues la energía eléctrica se transmitía ya, sin pérdidas, á grandes distancias. Pero otra idea le acosaba, se apoderaba de él poco á poco, le lanzaba á un ensueño prodigioso, pensando hacer feliz al mundo si la realizaba.

Siempre Jordán, tan flaco y friolento, había tenido la pasión del sol. Le seguía en su curso, le miraba ponerse, con el miedo, con el temblor de las tinieblas invasoras. Y por la mañana se levantaba, á veces, temprano, por el gusto de verle renacer.

Si se hubiera sumido en el mar sin aparecer jamás, ¡qué noche sin fin, helada y mortal para la misera

humanidad! Tenía el culto del divino sol, padre de nuestro mundo, creador y regulador que después de haber sacado los seres del limo, les ha dado calor, les ha hecho desarrollarse y extenderse, les ha alimentado con los frutos de la tierra en una serie incalculable de siglos. Era la eterna fuente de vida, porque lo era de luz, de calor y movimiento. Reinaba glorioso, bueno y justo, poderoso rey, dios necesario, sin el cual todo moriría. ¿Por qué no había de aumentar ese sol sus beneficios? Durante miles de años había acumulado su calor benéfico en los vegetales de que venía la hulla. Oculta mucho tiempo en el seno de la tierra, había guardado para nosotros ese calor acumulado. Al sol había que recurrir de nuevo. Si todas las tardes desaparecía, si había el triste invierno, había que pedirle una gran parte de su fuego para poder esperar su vuelta de cada mañana y pasar sin sufrir las estaciones frías. Así, el problema era sencillo y formidable. Había que dirigirse al sol, tomarle el calor y transformarle con aparatos especiales convertido en electricidad, de la que habría que conservar provisiones enormes en depósitos impermeables. Durante el estío, la recolección de los rayos de sol en trojes, en graneros de abundancia sin fin. En las noches largas, en el invierno obscuro y helado, allí habría luz, calor y movimiento para bien de la humanidad.

El sueño de Jordán había ocupado otros cerebros; se había transformado el calor solar en electricidad, pero en cantidades ínfimas. Jordán quería todo aquello en grande, útil, práctico. Durante años se le vió hacer construir, en el antiguo Parque de la Crèche, aparatos extraños á manera de torres, cuyo uso no se podía adivinar. El nada decía, á nadie confiaba su secreto. Si hacía buen tiempo, en los ratos en que se sentía fuerte, llegaba con su pasito de anciano débil y se encerraba con sus hombres en la nueva fábrica, y tenaz á pesar de los fracasos, luchaba, acababa por conquistar el astro soberano, él, hormiga laboriosa á quien un rayo de sol un poco fuerte hubiera matado. Nunca hubo mayor heroísmo, mayor victoria sobre las fuerzas naturales, ayer mortíferos rayos, hoy simples energías conquistadas al servicio del hombre. Y resol-

vió el problema; el sol se dejó coger un poco de fuego. Se construyó una fábrica definitiva que daba á Beauclair electricidad para todo un año, á discreción de los habitantes, como las fuentes daban agua. Pero había un defecto; los inmensos depósitos perdían mucha fuerza. Y había que conservar para el invierno bastantes rayos del sol almacenados para encender sobre el pueblo otro sol durante las largas noches de Diciembre. De nuevo Jordán volvió al trabajo. Buscaba, luchaba, resuelto á vivir hasta vencer. Sus fuerzas declinaban; ya no podía salir, y tenía que mandar las órdenes á la fábrica. Así pasaron meses. Encerrado en su laboratorio, allí acababa su labor, allí quería extinguirse el día en que esta labor estuviese terminada. Y ese día llegó; había encontrado el medio de evitar toda pérdida, de hacer los depósitos impermeables capaces de conservar mucho tiempo las provisiones de fuerza eléctrica. Y ya no tuvo más que un deseo; decir adiós á su obra, abrazar á los suyos, y luego volver á entrar en la vida universal.

Era Octubre; el sol doraba todavía las hojas con un oro templado, claro, suave. Jordán consiguió de Scurette que se le llevaría por última vez en una butaca á la fábrica donde se acababan de instalar los nuevos depósitos. Deseaba comprobar su victoria, aquel sol acumulado y conservado para que Beauclair pudiera esperar á la primavera próxima. Y en las primeras horas de una tarde deliciosa, le llevaron allá y pasó dos horas visitándolo todo y regulando la marcha de los aparatos. Estaba la fábrica en la falda de los Montes Bleuses, en la parte del antiguo parque expuesta al mediodía, y que ya antes era, gracias al sol, un paraíso de frutas y de flores. Algunas torres dominaban los amplios edificios, techumbres inmensas de acero y de vidrio los unían, y nada más se veía por fuera, pues los cables pasaban bajo tierra. Jordán acabó su visita haciéndose parar un instante todavía en el patio central, desde el cual paseó una suprema y larga mirada en torno suyo sobre aquel mundo nuevo, eterna fuente de vida, creación suya, pasión de su existencia entera. Se volvió hacia Scurette, que había seguido paso á paso detrás de la butaca en que le conducían dos hombres.

—Ea—dijo sonriendo,—esto se ha acabado, y está muy bien; ahora ya puedo irme... Volvamos á casa, hermana mía.

Estaba muy contento, radiante por haber visto su obra completa y en pie, cual buen trabajador que al fin va á poder descansar. Pero su hermana, para pasárselo un poco, había hecho que se diera un rodeo, y Jordán se encontró de repente, al salir de una calle de árboles, delante del pabellón de Lucas, inmobilizado también, no pudiendo ya salir por causa de las piernas. Hacía algunos meses que no habían podido verse los dos amigos. Sabían uno de otro por sus queridas guardianas, que iban y venían como ángeles mensajeros. Todavía un deseo, el último de su corazón, animó al moribundo entre el suave sueño que empezaba á invadirle.

—¡Oh, te lo ruego, hermana mía, deténme aquí, bajo este árbol, junto á esta hierba alta!... Tú sube en seguida, avisa á Lucas, dile que paso y que estoy ante su puerta esperándole.

Scurette, sorprendida y algo temerosa de fuerte emoción de la entrevista, vaciló un instante.

—Pero, amigo mío, Lucas está como tú, no se mea, ¿cómo ha de bajar?

Jordán sonrió, alegre, como solía, reanimados los ojos.

—Le bajarán, hermana mía; pues yo voy hacia él en mi butaca, bien puede él venir hacia mí en la suya.

Y añadió enternecido:

—¡Se está aquí tan bien! Conversaremos por última vez, nos diremos adiós... ¿Cómo habíamos de separarnos para siempre sin habernos abrazado?

Scurette ya no pudo negarse; subió á casa de Lucas. Tranquilo, acariciado por el sol poniente, Jordán esperó. Pronto volvió su hermana anunciándole la llegada de su amigo. Profunda emoción se produjo cuando Lucas apareció á su vez conducido también por dos hombres en su butaca. Avanzó lentamente entre el verdor, seguido de Josina y de Susana, que nunca le dejaban. Le colocaron cerca de Jordán, las butacas se to-

caban, y los dos amigos pudieron cogerse y apretarse las manos.

—¡Ah, mi buen Jordán, cuánto se lo agradezco; cuán de usted es esta idea de volver á vernos todavía y decirnos adiós!

—Usted hubiera ido á mi casa, mi querido Lucas. Pues yo era quien pasaba y estaba usted ahí, era tan sencillo reunirnos por última vez sobre esta hierba, bajo uno de estos árboles queridos cuya sombra tanto hemos amado.

El árbol era un gran tilo plateado, un gigante soberbio, ya medio despojado de sus hojas. Pero el sol le doraba todavía y un polvo de astro caía de sus ramas en una lluvia templada. La tarde era deliciosa, de una paz inmensa, de un encanto infinitamente suave. Un gran rayo de sol bañaba á los dos ancianos, mientras las tres mujeres, en pie detrás de ellos, parecían cobijarlos con su solicitud.

—¡Fíjese usted, amigo mío—añadió Jordán,—hace tantos años que mezclamos nuestras vidas en faenas paralelas! Hemos acabado por estar hechos el uno del otro. Me hubiera marchado con un remordimiento si no hubiera vuelto á disculparme por haber creído tan poco en su obra de usted, al principio, cuando usted vino á mí pidiéndome ayuda para construir la futura ciudad de justicia. Estaba convencido de que sería un fracaso.

Lucas se echó á reír.

—Sí, sí, amigo mío; las luchas políticas, económicas y sociales, no eran su fuerte.... Sin duda, ¡ha habido entre los hombres tantas agitaciones vanas! Pero qué, ¿había de abstenerse de influir en los hechos, de dejar á la evolución cumplirse por sí misma, desdeñar el deseo de apresurar la hora de la emancipación? Todas las intrigas, á veces necesarias, todos los bajos recursos de los conductores de hombres han podido disculparse por las dobles etapas que á veces han hecho adelantar.

Jordán le interrumpió con viveza:

—Tenía usted razón, amigo mío, y me lo ha probado magníficamente. Su lucha aquí ha adelantado, ha creado todo un mundo, tal vez le ha ganado usted

cien años á la miseria, al dolor humano; y esta ciudad nueva, este Beauclair regenerado, donde florecen más justicia y más ventura, cuenta las excelencias de su misión, la gloria benéfica de su obra... Ya lo ve usted, con toda mi razón y todo el corazón estoy con usted, y no hubiera querido que nos separáramos sin repetirle que me ha ganado para su causa y con qué cariño creyente le he seguido en todo lo que acaba de realizar, tan humano, tan grande.... Muchas veces ha sido usted mi ejemplo.

Pero entonces fué Lucas quien exclamó:

—¡Oh, amigo mío, no hablemos de ejemplo! Usted es quien me lo ha dado continuamente, el más alto, el más magnífico... Acuértese de mi cansancio, á veces, de mis desfallecimientos, y á usted siempre le he encontrado en pie, con más valor, con más fe en su obra los días en que todo lo creía perdido.... Su fuerza invencible ha sido no creer más que en el trabajo, ver en él la salud, la única razón de obrar y de vivir. Y así su obra ha llegado á ser su corazón y su cerebro; la sangre de sus venas, el pensamiento siempre en vela... ¡Qué monumento imperecedero, qué dón de esplendor y de dicha va á dejar á los hombres! La obra mía, el constructor de la ciudad, el pastor de pueblos, sin la suya, no hubiera podido realizarse y no sería nada todavía.

Callaron; pasó un pájaro volando; el sol de otoño caía como una lluvia de las ramas desnudas, con mayor suavidad según iba muriendo la tarde. Naturalmente, Scurette, inquieta, cubrió bien con la manta las rodillas de Jordán, mientras Josina y Susana se inclinaban sobre Lucas, temiendo que se fatigara. Pero Lucas prosiguió:

—La ciencia sigue siendo la gran revolucionaria; usted me lo decía al principio, y cada paso adelante de nuestra existencia ha venido á probarme que tenía usted razón. Este Beauclair feliz, no hubiera sido posible sin la energía eléctrica de que usted le dotó. Sólo la ciencia, la verdad, emancipará al hombre, más cada día, le hará dueño de su destino, soberano del mundo, vencedor de las fuerzas naturales.

—Sí—respondió Jordán,—la ciencia libertará al hom-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

bre, pues la verdad es en el fondo fraternidad y justicia... y yo me voy contento; acabo de visitar por última vez nuestra fábrica; ahora funcionará como yo quería, para descanso y bien de todos.

Continuó, dió explicaciones, instrucciones respecto de los nuevos aparatos y su empleo futuro, como si diera á su amigo su última voluntad. Aquel era su testamento. La electricidad ya era como él la hubiera querido.

En todas partes se distribuía sin medirlos, la luz, el calor, el movimiento. Con dar vueltas á unos botones se iluminaba la casa, se calentaba, cocinaba, y las varias máquinas del oficio ó del uso doméstico se ponían en marcha. Mecanismos ingeniosos sin fin aparecían todos los días para alivio del trabajo manual. La inteligencia se emancipaba, subía el nivel moral é intelectual; en vez de la ociosa pereza, el trabajo consciente y libre; el hombre, su rey, dedicado á sus tareas favoritas, después de algunas horas de faena común dedicadas á la Comunidad social. Y hasta las pobres bestias de carga se veían libres de carros y pesos abrumadores, volviendo á sus prados y á sus bosques.

Las aplicaciones eran innumerables. Jordán había inventado lámparas de tal fuerza, que dos ó tres bastaban para iluminar una avenida. El sueño de encender de noche otro sol en Beauclair, iba á realizarse de seguro. Se habían encontrado también admirables estufas, inmensas, donde, gracias á su sistema perfeccionado de calefacción, crecían en todo tiempo flores, leumbres, frutas. La ciudad estaba ahita de ellas, se distribuían á manos llenas; ya no había invierno ni noche. Los transportes, la locomoción, la simple circulación por las calles concurridas eran mucho más fáciles gracias á esta fuerza gratuita aplicada á una infinidad de vehículos, bicicletas, cochecillos, carretas, trenes de varios vagones.

—Me voy contento—repitió Jordán con serena alegría.—He acabado mi tarea y veo la labor bastante avanzada para dormirme en paz. Mañana se descubrirá la navegación aérea; el hombre habrá conquistado el espacio como había conquistado los océanos. Mañana podrá comunicar de un extremo á otro de

la tierra sin hilos ni cables. La palabra humana, cualquier movimiento humano, darán la vuelta al mundo con la rapidez del relámpago... Siempre será la ciencia, amigo mío, la revolucionaria invencible que emancipe á los pueblos con más paz y más verdad. Hace ya tiempo que habéis como borrado las fronteras con vuestros ferrocarriles que se prolongan sin cesar, cruzan los ríos, horadan las montañas, juntando todas las naciones con las mallas cada vez más espesas y fraternales de esta inmensa red. ¿Qué será cuando se hable de capital á capital, cuando el mismo pensamiento, en el mismo minuto, ocupe en los mismos intereses á los distintos continentes, cuando las barquillas de los globos viajen por el libre espacio, patria común, sin tropezar con aduanas. El aire que respiramos todos, el espacio que es de todos, será el campo de armonía ilimitada, donde la humanidad de mañana se reconcilie... Por eso me ha visto usted siempre tranquilo, seguro de la emancipación final. En vano los hombres se devoraban estúpidamente, en sus luchas ciegas, y las religiones se obstinaban en acumular errores, para seguir dominando; la ciencia seguía avanzando. Traía más luz, más fraternidad, más ventura cada día. Y por la fuerza irresistible de la verdad barrerá el pasado de tinieblas y de odios, acabará por libertar las inteligencias, por juntar los corazones bajo el gran sol benéfico, padre de todos.

Se fatigaba; su voz iba siendo muy débil. Pero aun concluyó, animándose:

—Ya lo ve usted, amigo mío, era yo tan revolucionario como usted.

—Lo sé, querido amigo—respondió Lucas conmovido.—Ha sido usted mi maestro en todo; nunca le agradeceré bastante sus admirables lecciones de energía, de magnífica fe en el trabajo y en el propósito.

Bajaba el sol; como un ligero escalofrío acababa de pasar entre las ramas del gran tilo, del cual caía más pálido el polvo de oro del astro. La noche se acercaba, un suave reposo invadía lentamente la hierba, alta. Y las tres mujeres, en pie, mudas y atentas, ya se inquietaban, aunque les inspiraba respeto aquella suprema entrevista, que las tenía inmóviles por la emo-

ción. Intervinieron, suaves, carifiosas, con ademanes maternales, no con palabras. Josina y Scurette taparon también á Lucas, que dijo:

—No tengo frío, está tan hermosa la tarde!

Scurette se había vuelto para mirar al sol que se ponía; Jordán siguió su mirada.

—Sí, la noche llega—añadió;—el sol puede ponerse; nos deja en nuestros depósitos su fuerza bienhechora... Y esta vez, si se pone, quiere decir que he andado toda mi jornada. Voy á dormir... Adiós, amigo mío.

—Adiós, amigo mío—repitió Lucas.—Pronto dormiré yo también.

Era el último adiós, de conmovedora ternura, de grandeza sencilla, extraordinaria. Uno y otro sabían que no se verían más; la última mirada, las últimas palabras. Y después de sesenta años de vivir la misma obra común, se separaban para no reunirse más que en la corriente de las generaciones, los hombres de mañana cuya felicidad habían adelantado.

—Adiós, amigo mío—dijo otra vez Jordán.—Nada de tristeza; la muerte es buena y necesaria. Se revive en los demás, de ese modo se es inmortal. A ellos nos habíamos consagrado ya, para ellos hemos trabajado sólo, y en ellos renaceremos gozando así de nuestra obra... Adiós, amigo mío.

Y Lucas, una vez más repitió:

—Adiós, amigo mío, todo lo que quede de nosotros dirá cuánto hemos amado y cuánto hemos esperado. Cada cual nace para su tarea, la vida no tiene otra razón, la Naturaleza echa al mundo un ser más cada vez que necesita un obrero más. Y cuando ha cumplido su trabajo puede el obrero descansar. La tierra le recoge para emplearle en otras cosas... Adiós, amigo mío.

Se inclinó, queriendo abrazarle. Pero no pudo; las tres cariñosas mujeres tuvieron que ayudarles, sostenerles para que se estrecharan por última vez. Les hizo esto reír como niños; admiraba su alegría, su serenidad, en esta hora de la separación; ni recuerdos de días mejores, ni remordimientos; habían cumplido su deber, toda su labor humana. Aún menos temían; miraban sin terror más allá de la muerte, seguros de

la gran calma en que los buenos obreros se quedaban dormidos. Fué el abrazo cariñoso, muy lógico; cuanto aliento les quedaba lo pusieron en aquel beso.

—Adiós, mi buen Jordán.

—Adiós, mi buen Lucas.

Después, no hablaron más. El silencio se hizo profundo y sagrado. El sol desapareció del cielo inmenso, detrás de la línea lejana é indecisa del horizonte. Sobre el gran tilo, un pájaro calló; las ramas se sumergieron en una sombra sutil mientras la hierba, y todo el parque con sus altos troncos, sus calles, sus praderas entraban en la paz deliciosa de la noche.

Entonces, á una seña de Scurette, los dos hombres levantaron la butaca de Jordán, le llevaron con marcha suave y lenta. Lucas, inmóvil, había pedido con un ademán que se le dejara un instante más bajo el árbol. Y miraba á su amigo que se alejaba, allá abajo, por el fondo de la gran calle de árboles, recta. Era larga, y la butaca poco á poco iba disminuyendo. Hubo un momento, en que volviéndose Jordán, cambiaron la última mirada, una sonrisa medio borrada por la distancia. Aquello había acabado; Lucas vió la butaca perderse, desaparecer, mientras el parque entero se dormía en las tinieblas. Al volver á su laboratorio, Jordán se acostó, tan débil, tan menudo en su edad avanzada que parecía reducido á la estatura de un niño; y tal como había dicho, acabada su obra, se entregó por fin á la muerte. Murió al día siguiente con mucha paz, sonriendo, entre los brazos de Scurette.

Lucas vivió cinco años más, siempre en su butaca, junto á la ventana de su cuarto, desde donde veía el progreso de su ciudad. Una semana después de la muerte de Jordán, Scurette se vino con ellos, y ya fueron tres á cuidar de Lucas. Entonces recogió la soberbia cosecha de amor, que había sembrado en terreno suyo á manos llenas.

En largas horas de feliz contemplación ante su próspera ciudad, Lucas veía el pasado redivivo. Veía el punto de partida, la lejana lectura de un menudo libro, resumen de la doctrina de Fourier. Recordaba la noche de insomnio, de duda y de fiebre. Los arranques geniales de Fourier le habían inspirado; las pasiones

humanas rehabilitadas, como fuerza de la vida; el trabajo sacado de presidio, ennoblecido, agradable; nuevo código social; la libertad y la justicia conquistadas por la paz, juntando el capital, el trabajo, la inteligencia. A Fourier debía su ensayo de la Créchérie, la salud y la alegría de un nuevo pueblo. La religión de la humanidad, como el catolicismo, acaso tardaría siglos en consolidarse; ¡pero qué práctico, evolucionista, llegaba el colectivismo, y hasta el sueño libertario de los anarquistas. En la asociación, el capital paso á paso dejaba el puesto al trabajo y á la inteligencia. Desaparecía el comercio; poco á poco el dinero. Avanzando así, á partir de Fourier, la ciudad nueva conquistaba á las sectas enemigas, colectivistas y hasta anarquistas, para unirlos á todos en un pueblo hermano, trayendo el reino del cielo á la tierra.

Era admirable el espectáculo de victoria que Lucas tenía siempre ante los ojos; la ciudad feliz cuyos tejados de colores vivos, entre los árboles, se dilataban ante su ventana. Después del primer paso doloroso de la generación primera, imbuída por los antiguos errores, las generaciones nuevas, educadas por escuelas talleres, seguían la marcha de modo fácil, gracioso, alcanzando los horizontes que se tuvieran por quiméricos. Gracias al continuo mudar, los hijos y los hijos de los hijos parecían tener otro corazón, otro cerebro; era fácil la fraternidad, porque el bien práctico de cada cual, estaba en el de todos. No había comercio, que era robo; dinero criminal, avaricia; no había herencia, nadie nacía con el privilegio del ocio; no había degollinas en torno á los testamentos. ¿Para qué aborrecerse, envidiarse, codiciar lo ajeno con fuerza ó dolo, si la fortuna pública era de todos, y cada cual nacía, vivía y moría tan rico como el vecino? El crimen ya no tenía razón de ser, era estúpido, todo el salvaje aparato de represión y castigo se había hundido por inútil; gendarmes, tribunales, cárceles. Había que vivir en medio de este pueblo, que ignoraba la guerra, y amaba el trabajo solidario, para ver que las pretendidas utopías de dicha universal se hacían posibles. Las pasiones no sofocadas, cultivadas, se hacían virtudes, energías. La dicha legítima estaba en el des-

envolvimiento de los cinco sentidos, y del sentido del amor, pues el hombre debía gozar, satisfacer sus deseos sin hipocresía, á la luz del sol. Todo esto era la religión de la vida, libre de dogmas.

Asistía Lucas, sobre todo, al triunfo del trabajo salvador, creador y regulador del mundo. Desde el primer día había querido la muerte del salario único, de un nuevo reparto más justo. Pero ¡qué de etapas antes de llegar al sueño realizado! También, en esto, se partía de Fourier; la unión, el trabajo variado, corto, agradable, las series de grupos. La comunidad libertaria estaba en germen en Fourier, pues si había rechazado la revolución social, su esperanza era destruir la sociedad presente. En la Créchérie, el salario, por grados había ido agonizando; había llegado á satisfacer á los colectivistas con la circulación reglamentada de los bonos de trabajo. Sin embargo, el salario seguía siendo, atenuado, disfrazado, negándose á morir. Sólo la comunidad libertaria lo había destruido en la última etapa, con la antigua quimera de libertad y justicia totales, de unidad y armonía, ya vivientes. No había autoridad; el nuevo pacto social se fundaba en el trabajo necesario, la ley y el culto. Nadie impedía la expansión de cada cual; el ciudadano progresaba á su modo en su deber de trabajador; formaba parte de los grupos que quería, pasaba del campo á la fábrica, según sus facultades y su deseo. No había lucha de clases, pues sólo había una; todos eran igualmente ricos, con la misma instrucción y educación, sin diferencia alguna en traje, habitación y costumbres. Era el trabajo rey, el sólo dios, de una nobleza soberana, que había rescatado á la humanidad, y le daba el vigor, el amor y la belleza.

Sonreía gozoso Lucas, cuando un soplo de brisa matinal le traía las carcajadas y los cánticos, cuya sonora alegría le mandaba la ciudad á todas horas. Era el trabajo fácil, delicioso. Pocas horas al día, casi todo era vigilar, porque las máquinas nuevas habían llegado á tener pies y manos, como los esclavos antiguos. Levantaban montañas, cogían los objetos más delicados y los modelaban con esmero infinito. Andaban, obedecían, como animales sin dolor, gastándose sin fatiga,

Por ellas, el hombre acababa por reconquistar la Naturaleza.

¡Era un lujo, abundancia prodigiosa de manufacturas de las flores y frutos de la tierra. Cada ciudadano vivía como un príncipe con algunas horas de trabajo. ¡Ya no había la servidumbre de las diez horas! Esta reducción del trabajo material había hecho florecer los estudios de los sabios, las obras de los artistas, abriendo el campo de la inteligencia á todos. En los laboratorios, descubrimientos maravillosos cada semana. El pensamiento humano se hacía superior, porque el pueblo entero estudiaba la verdad por métodos experimentales; las grandes inteligencias ya no eran excepciones; el genio era legión.

Ya la química transformaba la alimentación; aunque la tierra no hubiera producido más trigo, ni olivos, ni viñas, de los laboratorios habría salido bastante pan, aceite y vino para abastecer la ciudad entera. En física, en materia de electricidad sobre todo, los inventos seguían ensanchando los límites de lo posible; daban á los hombres la omnipotencia de los dioses, sabiéndolo, viéndolo, pudiéndolo todo. Después el vuelo de los artistas, la belleza más amplia, floración inmensa, universal, con que todos podían perfumarse y adornarse. No había artefacto, por humilde que fuera, en que no interviniese el arte en la forma, en el color, en la expresión. Lange, con sus ladrillos esmaltados, su alfarería policroma, había sido el primero en embellecer la vida cotidiana del pueblo; y ahora venían legiones de artistas; lo era cada obrero; iba aneja á cada oficio la belleza innata, grande, simple de obra vivida, buscada, adaptada á su servicio propio. Todas las artes florecían con la inspiración popular en las almas; por las pasiones libres, por el amor compartido. En esta dirección universal la música era la voz del pueblo feliz; y músicos, hijos suyos, encontraban para él cantos sublimes cuya continua armonía era como un baño ideal en teatros, talleres, casas y calles. Edificaban arquitectos, para el pueblo, palacios inmensos y soberbios, con la amplitud y la majestad una y variada de la muchedumbre; con la adorable variedad fantástica de miles de individualida-

des que allí se resumían. Los escultores poblaban de bronce, de mármoles vivientes los jardines y los museos; los pintores adornaban las escenas de la vida ordinaria, los edificios públicos, las estaciones, los talleres, las bibliotecas, las salas de espectáculos, de estudio y de recreo; y sobre todo había escritores que daban á este pueblo innumerable que los leía, obras robustas, poderosas, de aliento, nacidas del mismo pueblo y escritas para él. El genio, en que se acumula la energía intelectual de las generaciones, se agrandaba en aquella humanidad más instruída y libre. Jamás había tenido tal esplendor. No era la flor de estufa de una literatura limitada, aristocrática; brillaba en plena humanidad; con poemas en que rebosaba la vida de todos, que todos habían ayudado.

Y Lucas lleno de serenidad, sin temor en el porvenir, veía su ciudad seguir creciendo como persona fuerte y hermosa, de juventud eterna.

Había bajado de las gargantas de Brías, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses, y ahora invadían las praderías de la Rumaña. Las fachadas blancas, en el buen tiempo, reían entre prados, sin que el humo manchase la pureza del aire; no había chimeneas, la electricidad reemplazaba la madera y el carbón. El gran cielo azul tendía su tapiz de seda ligera inmaculada. Por doquiera surgían casas, calles, fuentes innumerables, el rumor de muchas aguas, perpétua alegría. Un pueblo libre, feliz fraternal, es foco de atracción. Los pueblecillos de los alrededores, Saint-Cron, Formeries, Magnolles, habían seguido el ejemplo de Beauclair. Era el contagio irresistible de la dicha; y no haría obstáculo para la fuerza de la felicidad realizada cuando los hombres tuvieran la visión neta y decisiva de ella. Nunca ha habido más que una lucha humana, la lucha por la felicidad, y está en el fondo de toda religión y de todo gobierno. El egoísmo, es el esfuerzo individual buscando para sí la dicha posible; ¿y por qué cada ciudadano no ha de poner su egoísmo en tratar á los demás como hermanos, el día que se convenza de que la felicidad de cada cual está en la de todos? Si los intereses luchaban era porque el pacto antiguo los oponía unos á otros. Pero si